

OCAÑA TORREJÓN Y LOS PEDROCHES

JOAQUIN CRIADO COSTA

ACADÉMICO NUMERARIO

Se han cumplido más de veinte años desde que comenzara a frecuentar la Córdoba escondida e ignorada, inédita y casi virgen, de Los Pedroches -para los geógrafos- o del Valle de los Pedroches -para poetas y nostálgicos-; la Córdoba remansada en el encinar de Europa, que lleva largos siglos afanada en la tarea de producir carne de vacuno, de ovino y de cerdo de la mejor calidad; la Córdoba trabajadora y conformista que arranca pastos y bellotas a las buenas tierras y aceite a las quebradas y terrenos menos ricos; la Córdoba del nordeste de la provincia que, replegada sobre sí misma por un ancestral destino, echa anclas en la tradición y en la bonhomía.

Hace más de veinte años, digo, que llegué por primera vez a las tierras pedrocheñas y jarotas, de las que sólo tenía los escuálidos conocimientos de un bien aprovechado estudiante del bachillerato de entonces, algo ampliados por las narraciones de mis dos compañeros de curso villanovenses en el colegio "La Salle", Juan Palomo Delgado y Juan José García Higuera, desgraciadamente desaparecidos el primero en su juventud y el segundo en su madurez, en fechas aún recientes. Algo más de Villanueva aprendí en Madrid, a través de mi compañera en los estudios de licenciatura María Dolores Blanco Yun, que hoy ejerce de profesora en Sevilla.

Desde 1969 razones sentimentales y de matrimonio me unen a la villa jarota, de la que ya me considero un hijo más.

Por cierto, que cuando "aterricé" en ella, un guardia civil paisano, don Francisco Rot -cuyo apellido, como mi Costa o Kostel, denota el origen centroeuropeo de nuestra común tierra de nacimiento-, al saludarme con el afecto con que se saluda a los paisanos, me dijo, poco más o menos:

- Aquí, en este pueblo, cuentas desde ahora con la Iglesia, con la Justicia y con el Ejército.

En cuanto al Ejército, obviamente hacía alusión a él mismo. Pero tengo que aclarar que, en cuanto a los otros dos estamentos, se refería al sacerdote don Sebastián Márquez Finque, por entonces coadjutor de la parroquia de San Miguel, y a don Francisco Merino Costa, algo pariente mío, a la sazón secretario del Juzgado Comarcal, también nacidos, los dos, en San Sebastián de los Ballesteros.

Muy pronto conocí a un viejecito menudo, de pelo blanco, que andaba con pasos cortos y rápidos, frecuentador del casino y empedernido fumador de puros. Era un maestro nacional jubilado cinco años antes; cronista oficial de la villa; académico de la Real de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba; erudito local y profundo conocedor de la historia de la comarca. Era don Juan Ocaña Torrejón, de apellidos un tanto exóticos en aquellas tierras. Porque su padre, otro don Juan Ocaña, de segundo apellido Prados, había sido oriundo del otrora pueblecito madrileño de Móstoles,

hogañó magna villa-dormitorio sin personalidad, y hasta venía emparentado con el célebre alcalde que publicó el bando contra la francesada en los aciagos días en que trató de congregar a todos los españoles en una noble causa común.

Ocaña Prados, en las postrimerías del pasado siglo, había bajado hasta Andalucía para ser secretario del Ayuntamiento villanovense, de donde pasó a ocupar el mismo cargo en Baena, después en Luque y por último, y definitivamente, de nuevo en la antigua Encina Enana.

Y allí, en Villanueva de Córdoba, nace Juan Ocaña Torrejón el 31 de diciembre de 1894. Allí estudia las primeras letras hasta que pasa a la Escuela Normal de Maestros de la capital para cursar la carrera de Magisterio, que termina en 1913, año en que, por otro lado, comienza el obligado peregrinaje del maestro interino, provisional y de escasos años de propietario definitivo, que en esto, como en tantas otras cosas, se estanca la legislación.

La escuela nacional de Mirandilla, un pueblecito de Badajoz, fue su primer destino. Pero el cierre del edificio, por amenazar ruina, le permite pasar por el Museo Pedagógico madrileño, para hacer un cursillo de psicología experimental, en el que se había matriculado con fondos de su propio peculio. La inmersión de nuestro personaje en aquel ambiente sabio, dominado por las ideas pedagógicas de Claparède, influyó notablemente en sus futuras actividades docentes.

Diez años después de terminar sus estudios, en 1923, vuelve a Villanueva, ya como maestro nacional propietario definitivo de la única Escuela Graduada de entonces, hoy Colegio Público "Moreno de Pedrajas", que lleva el nombre del benemérito sacerdote del siglo XVIII que tuvo su domicilio y fundó un hospital en el mismo lugar que ocupa dicho centro docente.

Allí le esperaba un ingente trabajo en el campo de la docencia y de la cultura.

El pueblo de Pedroche había parido otros seis y todos se configuraron en las llamadas Siete Villas (hoy una de ellas, Pozoblanco, convertida en ciudad) que rompiendo sus encorsetados límites primitivos se han prolongado en otros municipios cercanos. El sentido pragmático que los naturales de la comarca infunden a sus vidas, les ha exonerado siempre y casi por completo de dedicarse a tareas culturales cuando tanto había por hacer en el campo y para el ganado, en la encina y en el olivo.

Y el nuevo maestro prosigue allí sus campañas culturales, iniciadas dos lustros antes, y que habían dado los resultados de la fundación, con otros espíritus cultivados, de la llamada "Peña Escolar" y de la creación del grupo teatral de la Sociedad Filantrópica. La "Peña Escolar" organizó ciclos de conferencias y certámenes literarios y puso en funcionamiento una biblioteca de la que Ocaña fue responsable directo.

Ya había publicado un "Ensayo sobre la revisión española de los tests Claparède. (Escala de Villanueva de Córdoba)" cuestión tan en boga en la época, con un prólogo del reputado pedagogo don Alfredo Gil Muñiz y el beneplácito de los doctores Simon y Claparède, reconociendo este último la repercusión que tuvo esta revisión de sus tests en las corrientes pedagógicas renovadoras en la España de aquel tiempo.

Esto le animó a seguir trabajando por la infancia en su aspecto psicosocial con notables resultados; prueba de ello es que en 1928 obtuvo un primer premio por su trabajo de investigación "La orientación profesional en las Escuelas Primarias. Labor encomendada al maestro y medios prácticos para diagnosticar aptitudes de los escolares".

Colaboraba por entonces en los seminarios jarotes (de significativos títulos) *Escuela y Despensa* y *Patria*, que vio la luz el primero de 1913 a 1916 y se publicó el segundo de 1919 a 1921.

Pero desde aquel lejano 1923 su actividad fue intensísima, inmersa en un medio no siempre propicio. Organizó exposiciones escolares, arqueológicas y de artesanía; rectoró hasta su jubilación la Escuela Graduada "Moreno de Pedrajas"; puso en funcionamiento bibliotecas escolares y circulantes y fue el primer director de la actual,

considerada entonces como una de las mejores de la provincia tanto por sus instalaciones cuanto por el número de sus volúmenes, y en cuya creación tuvieron que ver no poco el alcalde don Juan Blanco Mohedano y el sacerdote don Sebastián Márquez Finque, al que ya he citado anteriormente; continuó la organización de ciclos de conferencias sobre temas culturales y locales; creó asociaciones de carácter cultural y de antiguos alumnos; fundó y dirigió el semanario *Villanueva*, que salió a la calle de 1929 a 1935, sosteniéndolo con sus propios fondos económicos; colaboró en el antiguo *Diario de Córdoba*, el de más prestigio en la historia periodística de esta provincia; en *El Cronista del Valle*, que se hacía en ese verdadero santuario tipográfico que es la imprenta Pedro López, de Pozoblanco; en el diario *Córdoba*, que se continúa en nuestros días; en la revista *Omeya* que editaba la Diputación Provincial; en el *Boletín de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes*, que se viene publicando desde el año 1922 y que tuve el honor de dirigir desde 1979 hasta 1989; y no queda aquí la cosa, porque su firma puede verse aún en otros muchos periódicos y revistas de ámbito tanto local como regional y nacional, destacando entre ellos el *Boletín de Cabezas de Familia de Villanueva de Córdoba*, que continúa saliendo.

De su versada pluma salieron trabajos y artículos como "Las bodas de antaño en el Valle de los Pedroches"; "Alrededor de una tradición. La reina Cava de Pedroche"; "Don Acisclo de Moya y Contreras, Obispo de Vich y Arzobispo de Valencia"; "Belalcázar y sus hombres"; "El Obispo de Cuzco, Don Melchor de la Nave, natural de Torremilano"; "Isabelinos y carlistas en Los Pedroches" (1935); "Apodos de los naturales del Valle de los Pedroches" (1961), que es una recopilación comentada de gentilicios; "Del lenguaje de Los Pedroches" (1967), donde estudia las influencias del leonés, el lambdalismo venido de Extremadura, algunos americanismos, refranes y acertijos y alude someramente a los juegos y canciones de aceituneros; "Túmulos en Los Pedroches", que tiene localizados e inventariados; "El castillo de Santa Eufemia o de Miramontes" (1973); sus "sabrososas" "Leyendas de Los Pedroches", que vieron la luz en 1979; las documentadísimas "Notas sobre la construcción del crucero de la iglesia de Santa Catalina mártir, de Pozoblanco", publicadas en el mismo año de 1979, así como "Villaharta. (Breves apuntes para su estudio histórico)"; "Notas biográficas de Don Pedro de Moya y Contreras"; "Caminos viejos de Los Pedroches", tema favorito de Ocaña Torrejón, sobre el que versó su discurso de ingreso como Académico; "Los Pedroches en América: Miguel de Espejo" (1983), sacerdote natural de Torremilano, que acompañó a fray Juan de los Barrios, nacido en Pedroche, en el arzobispado de Santa Fe de Bogotá; en 1987 publicó unas "Notas sobre el motín del Arrabal", levantamiento popular que se originó en Córdoba, el 7 de mayo del año 814, durante el reinado de Alhakem I; y por último citaremos su "Apunte histórico sobre Villanueva del Duque", aparecido en 1988, en el que explica el origen de este pueblo, a partir del antiguo Allozo, donde ya se veneraba a la Virgen de Guía, patrona hoy de varias poblaciones del norte provincial.

Como puede verse, la acción benefactora de don Juan en el campo de los hechos y de las empresas histórico-culturales se prolongó hasta poco antes de su muerte y no se limitó a la villa jarota, ganadera por excelencia, sino que se abrió a toda la comarca pedrocheña e incluso no pocas veces rompió esos límites.

Otro tanto puede decirse de sus libros, que los investigadores buscan hoy con verdadero interés. En 1947 publicó, en la mencionada imprenta de Pedro López, de Pozoblanco, *La dehesa de la Jara*, que llevaba por subtítulo *Notas para la historia de las siete villas de Los Pedroches*, y que dedicó a sus hijos. Es un librito en cuarto, de 73 páginas, en el que estudia el medio físico de aquella comarca, la economía y la historia, en especial de Pozoblanco y Villanueva de Córdoba, como pueblos más directamente beneficiados de esa fuente de riqueza que es la dehesa de la Jara.

La Historia de la villa de Pedroche y su comarca, ofrecida a la venerable memoria de sus padres y a la tierra que guarda sus cenizas, fue premiada en los juegos florales organizados por la Real Academia de Córdoba el año 1960, en conmemoración de su CL aniversario, y publicada dos años más tarde por la citada Academia y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas a través del Patronato José M^a Quadrado. Libro bastante complejo, consta de 14 capítulos que engloban un estudio geográfico, histórico, económico y religioso de la villa matriz y su comarca, y de dos apéndices: uno con notas sobre Epigrafía en el Valle de los Pedroches y otro sobre Geografía histórica del mismo, amén de 15 láminas y un mapa.

En 1963 sale a la luz el librito en cuarto corto *La Virgen de Luna. Bosquejo histórico*, con 60 páginas, que es una recopilación de todo cuanto se sabe de esta Virgen cuya devoción comparten Villanueva y Pozoblanco. En él se narra la aparición, se especula sobre la advocación, se describen la ermita y la imagen, se exponen los pleitos habidos a lo largo del tiempo y se trata de allanar ciertas rivalidades de todos conocidas.

Tras publicar en 1968 *Moreno de Pedrajas y el Hospital de Jesús Nazareno de Villanueva de Córdoba*, sobre la labor asistencial del ya citado sacerdote don Bernardo Moreno de Pedrajas Ruiz, quien durante cuarenta y cinco años ejerció su ministerio en la villa, cuatro como cura rector y cuarenta y uno como vicario, Ocaña sacó en 1972 el *Callejero de Villanueva de Córdoba*, que es una colección de datos históricos sobre todas y cada una de las calles y plazas de la población. Con él nos hemos deleitado no pocas veces y hasta nos atrevíamos a hacerle a su autor alguna que otra leve objeción que él aceptaba de buen grado e incluso agradecido. Tal era su humildad y su hombría de bien.

El Ayuntamiento villanovense le publicó en 1977 el libro *Villanueva de Córdoba en el siglo XIX. (Datos históricos)*, que se completó, cuatro años más tarde, en 1981, con *Villanueva de Córdoba. Apuntes históricos*, editado por el mismo Ayuntamiento en colaboración con la Diputación Provincial.

El primero arranca de la guerra de la Independencia y toca hechos puntuales de la pasada centuria, como la compra de los bienes que fueron comunales, la revolución de 1868, el Ayuntamiento en la primera República Española, asociaciones y casinos, etc.

El segundo es un estudio más aspectual que cronológico de la población, que nos lleva y nos trae agradablemente en el tiempo, meciéndonos entre hechos y lugares que configuran el entramado histórico de Villanueva: la concesión del título de Villa, el edificio del Pósito, el cambio de régimen y la huelga de octubre de 1931, médicos y medicamentos antiguos, etc.

Quédanos por reseñar la *Historia de la villa de Conquista*, aún inédita al menos que yo sepa, con la que ganó en 1970 el premio de la Excma. Diputación Provincial a los Cronistas Oficiales, cargo que con relación a Villanueva de Córdoba ostentaba don Juan Ocaña desde años atrás. De esta *Historia de la villa de Conquista* circulan desde 1975 unas copias ciclostiladas que llevó a cabo su Ayuntamiento, lo que demuestra el enorme interés que suscitó, pues apenas se ha escrito nada de la historia de este pueblecito, que tuvo su importancia en épocas pretéritas y que ha tratado de recuperarla, vanamente, como tantos otros de la zona, con las esperanzas puestas en esa especie de "Plan Marsall" que se ha llamado Tren de Alta Velocidad.

No fue lo único que don Juan dejara inédito. Me consta que no pocos trabajadores suyos, hechos a conciencia, como era costumbre en él, no están en moldes de imprenta. El propio Ocaña me lo comentó varias veces, a propósito de los que yo mismo le fui insertando en publicaciones de la Real Academia y de la Asociación Provincial de Cronistas Oficiales. De estos trabajos aún sin publicar resalto en justicia "Más sobre el lenguaje de Los Pedroches".

Cuando consideramos en su conjunto la producción histórico-literaria de Ocaña Torrejón, en la que se plasma su alta capacidad intelectual, pensamos que "de casta le

viene al galgo el ser rabilargo". Porque el personaje al que nos referimos heredó de su padre, Juan Ocaña Prados, nacido en 1850 y muerto en 1928, la vocación historiográfica y periodística. Había publicado éste, en 1908, unos *Apuntes para la historia de la villa de Móstoles*, cuya 2ª edición vio la luz en 1980, merced a aquel Ayuntamiento y a la Diputación Provincial de Madrid. Y en 1911 sacó su *Historia de la villa de Villanueva de Córdoba*, de la que su Ayuntamiento hizo una 2ª edición, en facsímil, en 1982.

Pero más escorada su vocación de escritor hacia la literatura y el periodismo que hacia la historiografía, escribió en 1879 el juguete cómico en un acto y en verso *Fingir para agradar*, que llegó a estrenarse en el Teatro Eslava, de Madrid; el drama en tres actos y en verso *El grito de Independencia o Móstoles en 1808*; el monólogo para una niña, en un acto y en verso, *Amor al arte*, que resultó muy al gusto de la época; el "apropósito" en un acto y en verso *La caridad en Baena*, que refleja el estado social de aquellos días; el sainete de ambiente judicial en un acto y en verso *¿Quién es el juez?*; el folleto con una colección de poemas titulada *Para muestra...*; otro folleto con el ensayo *La usura en Córdoba*; y *Las calabazas*, en colaboración con el escritor y periodista de la capital Enrique Redel, que los propios autores califican, con cierta gracia, de "consideraciones filosóficas, literarias, hortícolas, históricas, geográficas, culinarias, religiosas, políticas, sociológicas y folk-lóricas, acerca de estas populares cucurbitáceas".

No obstante, lo que dio resonancia y popularidad al nombre de Ocaña Prados fue su habitual sección "Mosquetazos", del desaparecido y nunca bien ponderado *Diario de Córdoba*, de los que escribió en un prólogo el llorado profesor Castejón y Martínez de Arizala lo siguiente: "Cuando en mi niñez empecé a conocer la vida pública y me aficioné a la lectura, fue de mi especial atención y buscaba a diario con preferencia en el viejo decano de la prensa local, apenas llegaba a casa por las mañanas, una sección titulada "Mosquetazos" en la que su autor, Juan Ocaña Prados, comentaba y glosaba en donosos y jugosos versos, los sucesos y acontecimientos, fueren prósperos o adversos, de la vida local, provincial o nacional que tuviesen resonancia popular, y ello con una gracia y exquisitez que denunciaban un espíritu ágil, despierto y erudito. No tardé en enterarme de que ese autor era secretario de un Ayuntamiento de la provincia cordobesa, en Villanueva de Córdoba, donde era estimado por todo el vecindario por sus dotes de amabilidad y gentil trato, y donde creó un hogar honesto, digno y laborioso, cuyos hijos heredaron las dotes del padre y en nuestra capital y provincia han desempeñado puestos destacados en la docencia y la administración pública". Esas palabras de Castejón retratan con sobrada nitidez a la familia Ocaña.

Los "Mosquetazos" volvieron a aparecer más tarde, en tres volúmenes que el autor llama "descargas", el primero de ellos en verso y los dos últimos en prosa y verso. Se habían instalado previamente no sólo en las columnas del *Diario de Córdoba* sino también en muchos otros diarios y revistas españoles.

Porque con un fuerte tirón hacia el periodismo, Ocaña Prados sentó cátedra durante muchos años, desde la campiña o la sierra, y colaboró en *El Heraldo de Baena*, en las publicaciones pozoalbenses *El Distrito*, *La Voz de Los Pedroches* -del que fuera cofundador con el impresor Pedro López- y *El Cronista del Valle*, en las jarotas *Escuela y Despensa* y *Patria*, en las cordobesas de la capital *El Defensor de Córdoba* -que dirigía su amigo Daniel Aguilera-, *La Opinión* y *Diario de Avisos* -este bajo la dirección de Martínez Alguacil-, además del citado *Diario de Córdoba*.

También fue asiduo colaborador de *El Heraldo de Madrid*, entre otros periódicos de ámbito nacional.

Ocaña Prados fue Correspondiente de la Real Academia de Córdoba y cosechó otros merecidos lauros en su vida. *El Heraldo de Baena* le dedicó en el año 1900, en la frontera de dos siglos, un número monográfico con motivo de su onomástica, en el

que se insertaban poemas y artículos de compañeros y amigos celebrando sus "Mosquetazos", tan llenos de ingenio. Poco después de su muerte, Villanueva le dedicaba una calle, cuando otras dos, una en Baena y otra en Móstoles, llevaban ya su nombre.

Ocaña Prados fue digno padre de Ocaña Torrejón. Porque será difícil, si es que posible, encontrar un investigador o erudito local, como este último, que tenga en su haber la autoría de tantos y tantos estudios sobre una determinada villa o ciudad y mucho menos sobre una determinada comarca.

Por ello fue nombrado con toda justicia Cronista Oficial de Villanueva de Córdoba y la Real Academia de Córdoba lo llamó a ocupar uno de sus sillones como Corresponsable en 1960 y diez años más tarde como Numerario, en la que leyó su discurso de ingreso, según queda dicho, sobre los viejos caminos de Los Pedroches, discurso en el que no se limitó a la Senda o Camino de la Plata, que sirvió para trasladar "el mercurio desde Almadén a Sevilla para beneficiar este metal noble traído de las Indias", ni a la Vía del Azogue, así llamada "por llevar por ella a Córdoba, en tiempos romanos, el cinabrio de Almadén", y en la que tuvo a su cargo el discurso de apertura del año académico 1973-74 sobre leyendas de esa comarca.

Por ello le fue concedida en 1961 la Cruz de Alfonso X el Sabio y se le otorgaron numerosos premios y votos de gracias profesionales.

Y por ello, a petición del autor de estas líneas, el Ayuntamiento de Villanueva lo nombró por unanimidad Hijo Predilecto del pueblo, con rubor del interesado y casi... casi... con su oposición. Lo aceptó con el pensamiento puesto en su padre.

En aquel año de 1982, yo escribí con tal motivo, en el desaparecido *La Voz de Córdoba*, los siguientes párrafos:

"No creo que haya un galardón más preciado que el ser Hijo Predilecto del lugar en que se ha nacido, lo que entraña un placer íntimo comparable sólo al de ser alcalde de su villa o ciudad natal, para lo cual, obviamente, no es necesaria vocación política de ningún signo, sino grandes dosis de amor a la tierra de nacimiento. Porque las pequeñas, medianas y grandes cruces, los lazos en todas sus variedades y otros premios por el estilo se conceden desde arriba, sin conocer en muchos casos al agraciado y solamente garantizan, cuando lo garantizan, el esfuerzo o el mérito en un tiempo o en una faceta limitados. En cambio, alcanzar la predilección entre los hijos de un pueblo es nada más y nada menos que el reconocimiento unánime de toda una vida dedicada al engrandecimiento cultural, científico, económico y humano, vital en suma, de ese pueblo. Es algo así como ser profeta en su patria. Este es el caso de Juan Ocaña".

Al cumplir sus noventa y dos años de edad, la Real Academia cordobesa le tributó en su sede un homenaje de reconocimiento y afecto. Y en 1987 la Asociación de Cronistas Oficiales que, por benevolencia de mis compañeros, me honro en presidir desde hace más de dos lustros, le rindió otro cálido homenaje en Villaralto, pues entre los Cronistas ocupaba un destacado lugar de honor, arropado por el cariño y la admiración de sus compañeros.

Allí se habló de solicitar de los diferentes Ayuntamientos de la comarca, algunos de ellos representados en aquel acto, el nombramiento de Ocaña Torrejón como Hijo Predilecto de Los Pedroches, unánime deseo truncado por la muerte de tan ilustre jarote, cuya amplia producción bibliográfica ha sido elogiada por investigadores de la talla del profesor Manuel Alvar, ex-Director de la Real Academia Española, quien contó para la confección del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, hoja de Villanueva de Córdoba, con los inestimables trabajos de Ocaña Torrejón sobre el habla de Los Pedroches y se congratulaba en cierta ocasión ante mí mismo de haber encontrado un colaborador tan eficaz.

Séame permitido, a este respecto, contar una curiosa anécdota. Cuando el profesor Alvar López telefoneó a Villanueva de Córdoba, antes de su primera visita, solicitando la colaboración de una persona de edad madura, de nivel cultural medio como

mínimo, conocedora de la comarca y con la dentadura completa por razones obvias, el funcionario municipal que dio el aviso a Ocaña Torrejón, añadió de su particular cosecha: "... Y pensará invitarlo a Vd. a comer, porque exige que tenga la dentadura completa".

Don Juan refería con frecuencia esta anécdota con su peculiar gracejo.

La imagen de este hombre machadianamente bueno, humilde por sabio, incansablemente laborioso, de insobornable independencia, esencialmente vitalista, profundamente culto y claro divulgador de la cultura, amante de su tierra y de sus gentes, hábil escudriñador del pasado de la comarca, aún deambula por los viejos caminos pedrocheños, que él estudiara con detalle y recorriera a veces con este biógrafo suyo, quien un 17 de febrero escribiera unos mal hilvanados versos:

Mi ánimo
hoy no es el mío,
don Juan,
buen amigo;
no podemos llegar a Almogávar:
es muy largo el recorrido
y está oscuro
hoy
mi camino;
no podemos alcanzar
los almendros florecidos.
Usted me comprende, don Juan,
pues no ha vivido
en vano. Usted que tantos kilómetros
ha compartido conmigo
sabe bien que no me canso,
sabe bien que no me rindo;
pero hoy, amigo don Juan,
hoy... es todo distinto:
que mañana la flor del almendro
puede indicar mi destino.

Es verdad que el Ilmo. Sr. D. Juan Ocaña Torrejón pudo haber sido ganadero como muchos naturales de la villa -lo he oído allí muchas veces-, haber participado del hondo pragmatismo ambiental de ella, pero prefirió seguir su vocación literaria e historiográfica, paralelamente a sus tareas educativas, sacando a la luz el pasado de aquella comarca, bajo el tamiz del presente, en busca de un futuro que no alcanzará ya a conocer.

Porque el futuro de Los Pedroches y de Villanueva de Córdoba, tan queridos para él como para mí, desde que en el año 1969 tuve el privilegio de entrar en ellos por primera vez, se empieza a escribir ahora, a la sombra de don Juan Ocaña Torrejón, cuya alma, a no dudar, está gozando ya de sus muchos merecimientos, mientras se cierne sobre el claro cielo que cubre el inmenso mar de encinas de Los Pedroches.